

No puedo cerrar el comentario sobre este libro sin encomiar la bibliografía final (pp. 695-759): contiene un enorme acervo de información, tanto de la época estudiada como sobre ella, y considera títulos aparecidos hasta finales de 2016.

CARLOS GARCÍA
(HAMBURG)

Sergio Ugalde Quintana / Ottmar Ette (eds.): *Políticas y estrategias de la crítica: ideología, historia y actores de los estudios literarios*. Madrid / Frankfurt a. M.: Iberoamericana / Vervuert 2016 (Bibliotheca Ibero-Americana, 162). 344 páginas.

Un libro titulado *Políticas y estrategias de la crítica* y editado por los profesores Sergio Ugalde Quintana y Ottmar Ette se recomienda él solo; tanto más si se da un vistazo a los “actores” que se estudian en ese marco: Alfonso Reyes, Jorge Luis Borges, Severo Sarduy, junto con filólogos como Rodolfo Lenz y Pedro Henríquez Ureña, y figuras contemporáneas como Bolívar Echeverría y Mario Vargas Llosa, entre otros. Valga además este elenco para mostrar algo que no figura en el título, sino que se desprende de la colección (Bibliotheca Ibero-Americana) en que se incluye el libro: que se trata de ideología, historia y actores de los estudios literarios... en Iberoamérica o, como parecen preferir los editores y los demás autores, en Latinoamérica.

El material cubierto por el volumen no puede evitar ser algo heterogéneo, lo cual se advierte al lector y a la vez se remedia parcialmente con la constitución de tres secciones: I) Teoría y crítica; II)

Filología y crítica; III) Creación y crítica. Desde el punto de vista de los géneros académicos, las contribuciones van desde el ensayo teórico al anecdótico, pasando por la erudición bibliográfica y el análisis estilístico. Más allá de las individualidades, es una obra de interés para todo aquel que se interese por la reflexión sobre los fundamentos epistemológicos de los estudios literarios y por la manera como la crítica, la historia y el ensayo configuran imágenes del acervo cultural. Esta reseña quisiera destacar algunas ideas y líneas maestras y, desde luego, invitar a leer *Políticas y estrategias de la crítica*.

Lo primero que hay que celebrar en este libro es la reflexividad metodológica acerca de conceptos fundamentales, una especie de ascensión semántica por la cual se deja de hablar *en* ciertos términos y se pasa a hablar *sobre* ellos. El caso más conspicuo, en principio, es el del término “barroco”. Las contribuciones de Carlos Oliva Mendoza y Gustavo Guerrero no continúan la tradición de Severo Sarduy y Bolívar Echeverría, sino que la analizan, y con ello eliminan la idea de lo barroco o neobarroco del *explicans* y lo sitúan en el *explicandum*. Sin embargo, la ruptura entre los dos niveles discursivos no es completa, pues el uno se pregunta lo que el barroco puede aportar al discurso crítico contemporáneo (Oliva, p. 98), y el otro encuentra en las teorías del neobarroco “un formidable ejemplo del papel que las Humanidades han cumplido y pueden seguir cumpliendo como gestoras críticas de la memoria en el campo del saber” (Guerrero, p. 114).

Claro está que la reflexión metodológica más importante es la que afecta a la propia idea de Latinoamérica o de lo lati-

noamericano. Por una parte, hay trabajos que la aceptan pacíficamente y como con simpatía, como son los dos dedicados por Liliana Weinberg y Rafael Mondragón a Pedro Henríquez Ureña y su contribución a formar una tradición o canon latinoamericano, y el estudio de Friedhelm Schmidt-Welle sobre la teoría literaria específicamente latinoamericana de Antonio Cornejo Polar. Por otra parte, se advierte que la especificidad latinoamericana puede ser un elemento polémico frente al planteo pan-hispanista defendido por algunos españoles (Menéndez Pidal, Américo Castro, Rafael Altamira), tal como sale a relucir en los estudios de Vicente Bernaschina Schürmann sobre Rodolfo Lenz, de Anke Birkenmeier sobre Fernando Ortiz, y de Fernando Degiovanni sobre Américo Castro. Este último trabajo es especialmente revelador, porque muestra la paradójica situación de Castro, exiliado español que se desempeña como profesor de literatura “sudamericana” en universidades de Estados Unidos: sus empleadores tienen un modelo pan-americanista, y él en cambio uno pan-hispanista, porque piensa –son sus palabras– que “la literatura de ese continente es inseparable de lo español” (p. 209). Nueva paradoja, esto lleva al exiliado republicano a convertirse en apologista de la conquista y colonización, de la monarquía, la religión y la autoridad. El horizonte tácito del análisis de Degiovanni es que la actividad de Castro fue en balde porque no prevalecieron ni su visión panhispanista ni la panamericanista de sus jefes, sino el latinoamericanismo. Sin embargo, esa no ha sido la última palabra, como muestra Gesine Müller a propósito de Mario Vargas Llosa: el *boom* de la narrativa se concibió primero como

un gran proyecto identitario latinoamericano; los propios estudios literarios y culturales “a menudo continuaron sacando su legitimidad de una referencia esencialista al continente, y más tarde –a raíz de la creación de la teoría postmoderna– con su cuestionamiento” (p. 334).

Tal cuestionamiento deberá prolongarse más allá de este libro, que invita a él pero no lo tematiza. El concepto de lo latinoamericano se deja analizar como una de las *políticas y estrategias*, como un elemento de la *ideología* del título, a la par del panamericanismo y el panhispanismo: lo latinoamericano como *explicandum*, no como *explicans*, una vez más. Al fin y al cabo, la única ventaja del latinoamericanismo frente a las otras dos contrucciones es la de ser un hecho consumado incluso institucionalmente –y por cierto también en España, donde hay cátedras de Literatura Hispanoamericana junto a las de Literatura Española–. Resulta un síntoma elocuente de ese hecho consumado el que los editores de este libro, al mencionar antecedentes de “análisis de la historia de la disciplina” de los estudios literarios, consideren los llevados a cabo sobre “Alemania, Francia e Inglaterra”, más “el caso latinoamericano” (p. 7), sin tener en cuenta los trabajos sobre el caso español de E. Inman Fox, José Portolés, José-Carlos Mainer, Leonardo Romero Tobar, Rosa María Aradra, y este reseñador, entre otros; como tampoco los tienen en cuenta los demás autores. Poner en tela de juicio la separación entre América y España no es solamente de interés para los estudios latinoamericanos, sino que también ayudaría a comprender la cultura española. No es seguro que la problemática postcolonial diferencie totalmente a

los países americanos respecto de España, pues esta –ilusiones ópticas aparte– no es más que una parte de aquel todo que se deshizo con la emancipación americana de principios del siglo XIX; y su historia de guerras civiles y dictaduras militares no es tan distinta de la americana, como tampoco lo es su búsqueda de una identidad. Es dudoso que la separación institucional de los campos académicos contribuya a extender y consolidar el conocimiento.

Aún quedan por mencionar otros interesantes aspectos de *Políticas y estrategias de la crítica*. El capítulo de Sergio Ugalde sobre el libro *Cuestiones estéticas* de Alfonso Reyes es un ejercicio ejemplar de *thick description* acerca de lo que significa la aparición de un libro en un entorno cultural determinado: la búsqueda de un “discurso filológico moderno desde una perspectiva liberal” (p. 155). Desde el índice hasta las reacciones de los lectores, todo es significativo. La aproximación a las relaciones de Reyes con Julio Torri que propone Rafael Olea Franco más adelante añade algo de densidad a ese panorama cultural. Antonio Cajero Vázquez hace un llamado a atender la crítica literaria de Borges, y enfoca el texto de *El acercamiento a Almotásim* como “paradigma de la innovación borgeana en el ámbito de las *ficciones críticas*” (p. 289; cursiva original). El trabajo es completo y minucioso: ubica el texto en la biografía de Borges, hace un estudio de erudición bibliográfica sobre su primera publicación y sucesivos avatares, y luego procede a analizar –“deconstruir”, dice, quizá en un sentido demasiado lato– “los andamios retóricos y formales” (p. 308) de este pseudo-ensayo, ensayo-ficción o ficción crítica. Por último, con una sorprendente

mise en abyme, Cajero corrobora su estudio con nada menos que un argumento de autoridad: el propio Borges dijo de ese texto que “pronostica y hasta fija la pauta de otros cuentos que de alguna manera me estaban esperando, y en los que luego se basaría mi reputación como cuentista” (p. 309).

Terminaré esta reseña comentando los dos ensayos más teóricos que abren el volumen; quedarán en el tintero otras contribuciones interesantes pero de asunto más particular, como son la de Anne Krause sobre la correspondencia entre Américo Castro y E. R. Curtius, la de Carolina Alzate sobre Soledad Acosta de Samper, y la de Adriana Lamoso sobre Ezequiel Martínez Estrada.

El primer ensayo es de Ottmar Ette y se titula “Orgullo y convivencia-orgullo de convivencia. Políticas afectivas y crítica prospectiva” (pp. 19-56). El profesor Ette ha ofrecido ya muchas perspectivas valiosas sobre la literatura, el saber, la vida y la convivencia, pero aquí vuelve a sorprendernos con el análisis del orgullo como figura de la convivencia. Le sirve como marco la explicación de Norbert Elias acerca del concepto de “civilización”, que, en la práctica, ha caracterizado aquellos rasgos de la sociedad occidental que esta considera peculiares suyos y de los cuales se siente orgullosa (p. 30). Ette señala algunas dificultades inherentes al orgullo como modo de convivencia, a saber, su orientación “retrospectiva” hacia los logros del pasado y su tendencia a la “exclusión” más bien que a la “inclusión” (p. 45), por lo que se asocia a políticas de identidad (p. 49). Sin embargo, también hay indicios que apuntan a una orientación prospectiva e inclusiva: “un orgullo

por la presencia de una convivencia, que es el resultado heterogéneo de los procesos históricos de la transculturación” (p. 51). Volviendo a la referencia de Elias, una conclusión sería que Occidente debe superar el orgullo de exclusión y aprender de otras sociedades, también mediante la literatura. Queda para el lector un despliegue adicional de este tema, que Ette apunta tan solo en las referencias a Habermas y Gumbrecht: la conexión con la problemática del reconocimiento, sea en la versión hegeliana, sea en la actual de la Teoría Crítica.

El segundo ensayo del libro es “De la mimesis y el control del imaginario” (pp. 57-84), de Luiz Costa Lima. Ofrece una quintaesencia de las propuestas teóricas desplegadas por el profesor Costa Lima desde los años ochenta: las diferencias entre mimesis (este reseñador prefiere la forma esdrújula) y la *imitatio*, entre la mimesis de representación y la de producción; el control del imaginario, con las relaciones entre la literatura, la actividad académica y el poder y el orden sociales; más un tema que no se anuncia en el título pero es fundamental: la ficción. La ficción literaria, como “producción de la diferencia”, permite que la literatura sea “auto-reflexiva”, y por eso mismo puede cumplir “una actividad crítica” (p. 73). Estas ideas se ilustran con el análisis de un poema de Paul Celan. Naturalmente, en tan pocas páginas no es posible una discusión detallada de la problemática que se enuncia; el lector podrá recurrir a la reciente recopilación de obras de Costa Lima con el título *Trilogia do Controle (O Controle do Imaginário, Sociedade e Discurso Ficcional, O Fingidor e o Censor)*. Este re-

señador, sin embargo, quisiera poner una apostilla a la siguiente observación del autor: “resulta sintomático que el concepto de *ficción* haya quedado desatendido durante siglos por la reflexión filosófica seria” (p. 70; cursiva original). Siendo esto cierto, también lo es que desde hace cuarenta o cincuenta años hay abundante reflexión filosófica seria sobre ello, a no ser que uno niegue ese distintivo a la tradición analítica y lógica: desde *The Logic of Fiction* de John Woods (1974), *Exploring Meinong's Jungle* de Richard Rorty (1980) y *Nonexistent Objects* de Terence Parsons (1980), pasando por *Mimesis and Make-Believe* de Kendall Walton (1990), *The Nature of Fiction* de Gregory Currie (1990) y *Truth, Fiction, and Literature* de Peter Lamarque y S.H. Olsen (1994), hasta, en los últimos años, *Truth in Fiction* editado por F. Lihoreau, *Reference and Existence* de Saul Kripke, *Towards Non Being* de Graham Priest, etc. Lo que está por hacer es el relacionar esta tradición analítica con el conocimiento disciplinar de la literatura y con una orientación crítica como la que propone el profesor Costa Lima.

En conclusión, *Políticas y estrategias de la crítica* ofrece un planteamiento estimulante de una problemática muy amplia que no puede resolverse dentro de los límites que impone un volumen, ni en varios. Es de esperar que más investigadores se sumen a esta tarea y contribuyan a una más completa reflexión epistemológica de la disciplina, que permita tanto consolidar su estatuto científico como definir su relevancia para la sociedad.

LUIS GALVÁN MORENO
(UNIVERSIDAD DE NAVARRA-ICS)